

Tomás Zumalacárregui, literatura y mito*

José Ramón Urquijo Goitia
Instituto de Historia (CSIC)

Sin duda alguna en la memoria popular, sobre todo en la navarra y en la vasca, el Carlismo ha estado unido de forma indisoluble a la figura de Zumalacárregui, hombre providencial en el empuje inicial de la causa del Pretendiente. Hoy en día continúa teniendo una presencia importante en ese mismo imaginario carlista, e incluso en ciertos sectores nacionalistas, que se han apropiado de su biografía.¹

La construcción del ejército carlista

La gestación del mito de Zumalacárregui tiene lugar durante los escasos meses en que encabeza las fuerzas militares del Carlismo, dándoles cohesión y llevándoles por el camino de la victoria.² Los diplomáticos austriacos daban cuenta de la gran diferencia existente entre los focos carlistas de Vizcaya y de Navarra.³ Junto a su fama como militar experto

* El presente trabajo ha sido realizado en el seno del proyecto *Ideología y práctica en la consolidación del pensamiento contrarrevolucionario (1808-1840)* (HAR2009-08615) financiado por la Dirección General de Investigación del Ministerio de Educación y Ciencia. Abreviaturas de los archivos citados: A.G.N. Archivo General de Navarra; A.R.A.H. Archivo de la Real Academia de la Historia; H.H.St.A. Haus-, Hof- und Staatsarchiv (Viena), S.H.A.T. Service Historique de l'Armée de Terre (Vincennes). Además se han utilizado las abreviaturas siguientes: D.K. Diplomatische Korrespondenz. G.A. Gesandtschaftsarchiv von.

¹ José Ramón Urquijo, «La Primera Guerra Carlista desde la ideología nacionalista vasca», en *Vasconia. Cuadernos de Historia-Geografía*, 26 (1998), pp. 65-110. Fernando Molina, «De la historia la memoria. El carlismo y el problema vasco (1868-1978)», en *El Carlismo en su tiempo: geografías de la contrarrevolución. I Jornadas*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2007, pp. 167-204.

² José Ramón Urquijo, «¿Voluntarios o quintos? Reclutamiento y desertión en la primera Guerra Carlista», en *Violencias fratricidas. Carlistas y liberales en el siglo XIX*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2009, p. 99-186.

³ H.H.St.A. D.K. Spanien 171. Despacho del Conde Brunetti, representante austriaco en Madrid (28.02.1834 n.º 9B) a Metternich. «Tous les jours nous avons des nouveaux

hay que mencionar el componente político, que en muchos casos ha derivado hacia la creación de una mitología nacionalista, que todavía hoy perdura. En el análisis de esta faceta hay que considerar dos vertientes fundamentales:

a) *Sus relaciones con las instituciones forales.* Zumalacárregui se opuso y sometió a un control férreo a las instituciones forales, convirtiéndolas en meras oficinas de suministros de las tropas. Sus exigencias resultaban taxativas y en muchos casos contravenían las normas forales. Este hecho suele ser obviado por los escritores nacionalistas actuales.

b) *La tesis independentista.* Durante la primera mitad del año 1834, ante el vacío de poder existente en el territorio vasco surgió el rumor de la posibilidad de que se declarase la independencia del País Vasco, poniendo a la cabeza del mismo al general guipuzcoano. Los primeros datos los encontramos en una carta del general Harispe a su Ministro de la Guerra:

D'une autre coté, une nouvelle fort singulière m'est arrivée aujourd'hui, de plusieurs cotés, et par des voies assez sûres: la Junte de Navarre voyant que don Carlos abandonne la partie, se déterminerait de concert avec Zumalacárregui à proclamer l'indépendance de la Navarre et des 3 provinces et à en former une république fédérative. Dans ce moment, un pareil acte serait l'arrêt de mort de l'insurrection, qui se séparerait ainsi du reste de l'Espagne, perdrait tous ces moyens d'action, et tout son appui moral.

On ne peut nier que la séparation ne fut une chose très facile et même très populaire dans ces provinces, qui ne sont unies à l'Espagne que par des liais très faibles, mais pour espérer de faire partager cette opinion par le reste de la nation, et l'engager dans les voies d'une république fédérative, il faudrait n'avoir pas commencé par proclamer l'absolutisme.⁴

La noticia fue publicada pronto en el periódico ginebrino *L'Europe Centrale*, que daba como fuente una correspondencia de Bayona, y por dicha noticia se interesó el canciller Metternich.⁵

bulletins, qui ne donnent d'autres résultats qu'un mouvement perpétuel des deux partis ennemis; si ce n'est que les partisans de D. Carlos en Navarre montrent une régularité d'action et une expérience militaire qu'on n'a jamais remarqués dans ceux qui se battent en Biscaye».

⁴ S.H.A.T. E¹ leg. 9. Despacho del general Harispe (6.05.1834) al M. de la Guerra.

⁵ H.H.St.A. G.A. Paris 42 Despacho de Metternich (31.05.1834 n.º 1) Appony. Adjunta un periódico *L'Europe Centrale Journal de Genève, politique et littéraire*, 14.05.1834 (1/2). La información se encuentra en el apartado de correspondencia particular desde Bayona del 6 de mayo. «Zumalacárregui vient d'adresser une proclamation aux habitants des quatre provinces insurgées, par laquelle il les déclare indépendantes, et les relève de toute soumission soit envers l'autorité de don Carlos, soit envers celle de la reine. Tel est le bruit que court sur cette nouvelle que je n'ose vous garantir».

En el texto se da por cierta la existencia de una proclama, que en la correspondencia del Ministro francés con el mariscal Harispe, se convierte en una propuesta conjunta de la Junta de Navarra y Zumalacárregui, quienes se mostraban dispuestos a proclamar la independencia de las cuatro provincias.⁶ En la respuesta del general Harispe ya no se trataba de una idea conjunta sino de una propuesta de Zumalacárregui a la Junta de Navarra.⁷

Casi al mismo tiempo la noticia era dada a conocer por la prensa italiana, que se hacía eco de la francesa, y que modificaba parcialmente el rumor incluyendo las causas que se encontraban en la base de la propuesta:

Tolosa 12 maggio. Zumalacarregui, sostenitore e capo dei carlisti nelle province basche, vedendo che l'Infante Don Carlos non è punto disposto a dividere i pericoli che i suoi fautori incontrano per la sua causa, ha proclamato, come si pretende, ora la repubblica in quelle contrade. Si dice che esso abbia pubblicato un manifesto in cui spiega i motivi di questa sua risoluzione». F[ogli]. di Fr[ancia].⁸

Este rumor es el que propició la identificación de su figura con las tesis nacionalistas hasta considerarlo un predecesor, a pesar de que no existe ninguna mención en la obra de Sabino Arana.

Sin embargo la documentación desmiente tales elucubraciones. Precisamente en esos momentos estaba regresando de Portugal Juan Crisóstomo de Vidaondo y Mendiñeta, que llegó a Navarra el 22 de mayo. Su viaje había tenido como objetivo solicitar a don Carlos que acelerase su llegada para instalarse en medio de sus partidarios.⁹

⁶ S.H.A.T. E⁴ leg. 9. Minuta del despacho del Ministro de la Guerra francés (13.05.1834) al general Harispe. «Je veux parler de projet que l'on suppose à la Junte de Navarre et à Zumalacarregui de proclamer l'indépendance de la Navarre et des trois provinces Basques. Il n'est pas vraisemblable que les Provinces du Nord de la Péninsule prennent un tel parti, car elles se constitueraient ainsi dans un état de guerre permanent qu'elles ne pourraient soutenir. Quoiqu'il en soit l'anarchie sera longue et désastreuse dans ces contrées. Cependant elle finira par être soumise; nos conseils doivent donc tendre à en hâter le moment. Que le propos d'un volontaire royaliste à l'égard de don Carlos soit vrai ou supposé, du moment qu'il a trouvé de l'écho dans les rangs des insurgés et qu'un parti tourne ainsi son chef en ridicule, il est bien près de se dissoudre».

⁷ S.H.A.T. E⁴ leg. 9. Despacho del general Harispe (18.05.1834) al Ministro de la Guerra francés. «On assure toujours que réellement Zumalacarregui cherche à proposer à la Junte de faire une déclaration d'indépendance, et qu'il est venu dans ce but à Elizondo».

⁸ *Giornale del Regno delle Due Sicilie* 4.06.1834 (2/1).

⁹ A.G.N. Junta Governativa de Navarra, Actas vol. 1 Sesión de 23 de mayo de 1834. Las proclamas de las fechas inmediatas mencionan al Monarca. Proclama de 20.04.1834 (A.R.A.H. legajo 9/6798 carpetas 7 y 20); y *Ejército del Rey N.S. don Carlos 5º en Navarra* boletines de 18 de marzo, 1 de abril y 5 de mayo de 1834.

Tras su muerte se llegó incluso a especular con la posibilidad de encomendar responsabilidades a uno de sus hermanos, para poder seguir utilizando la magia del apellido.¹⁰

Los honores fúnebres

Su temprana y trágica muerte, que evitó que su fama se viese lastrada por un desastre militar, y la escasa fortuna de sus sucesores fue un factor importante en el incremento de su leyenda. Talleyrand, superviviente político de todos los avatares de Francia desde 1789 hasta 1838, realizó una valoración muy precisa del papel jugado por el militar guipuzcoano:

En parlant de la morte de Zumalacarreñui, le Prince raisonna ainsi: «C'est une grande perte, mais sous le rapport militaire elle n'est pas irréparable. Dans les guerres de parti ce ne sont pas les généraux qui manquent, il s'en retrouve toujours; mais voici en quoi il sera difficile et presque impossible de le remplacer; Zumalacarreñui a toujours su exercer un pouvoir indépendant de la Camarilla de Don Carlos et de la bigoterie de ce prince; il a réussi à briser entièrement cet obstacle en déclarant qu'il ne voyait en Don Carlos qu'un soldat de l'armée qui combattait pour la cause de la légitimité. C'est l'homme assez fort pour s'être placé ainsi dont on cherchera en vain le successeur. Je tiens particulièrement à ce que Vous faisiez connaître au Prince de Metternich ce jugement que je porte sur Zumalacarreñui; c'est lui exposer mes vues sur la manière dont il me semble qu'il faudrait principalement chercher à agir sur Don Carlos».¹¹

Talleyrand tenía muy claro que el principal activo de Zumalacárregui había sido su actuación política, que había logrado coordinar todos los esfuerzos para la guerra, y había mantenido alejadas todas las interferencias de los personajes mediocres que rodeaban al Pretendiente.

Si bien la prensa europea hablaba con frecuencia de su actuación, con ocasión de su muerte se publicaron numerosas valoraciones sobre la importancia que había tenido en la defensa de los derechos de don Carlos.¹²

A los pocos días de producirse su fallecimiento, y cuando aún no se había extendido la noticia, el conde Adolphe de Villemur publicó una

¹⁰ *Journal du Commerce* 16.07.1835 (1/3): «On fortifie Bilbao, tandis que les carlistes, de leur côté, ont songé, dit-on, à choisir un frère de Zumalacarreñui, curé dans le Guipuzcoa, pour en faire une sorte de commandement honoraire, afin de conserver l'influence de son nom, mais celui-ci a refusé, prétextant son inhabileté et l'incompatibilité de ses fonctions de prêtre avec celles de général».

¹¹ *H.H.St.A. Frankreich* 296 (original); G.A. Paris 15 (borrador). Despacho del Embajador austriaco en París Appony (29.06.1835 n.º 41B) a Metternich, relatando sus conversaciones con Talleyrand.

¹² *Journal du Commerce* 28.06.1835 (1/1,2) «Zumalacarreñui était né en 1789; il succombe dans toute sa gloire, et don Carlos perd en lui un homme difficile à remplacer».

extensa biografía en *La Gazette de France*, diario ultraconservador, en la que aportaba numerosas informaciones sobre el personaje.

El relato sigue el modelo hagiográfico de las vidas de santos. En el primer párrafo se dice: «Sa famille est une de plus distinguées du pays».¹³ Una de las novedades que aporta es la identificación con el Carlismo, antes de la muerte de Fernando VII, actividad en la que le supone muy activo, lo que no coincide con las biografías posteriores, ni con su actitud en octubre de 1833. En este tramo de su vida Villemur desconoce o falsifica completamente parte de los hechos. Señala que se sublevó con Santos Ladrón, y que tras su fusilamiento y el abandono de Eraso había pasado a ocupar la jefatura de las fuerzas carlistas en Navarra. Para Villemur su fama era inmensa en Europa, y se había convertido en la gran esperanza del éxito de la causa carlista.

Pocos días más tarde aparecía un artículo titulado «Charles V et Zumalacárregui», en el que se mencionaba expresamente su defunción y se glosaban sus méritos. En él se introduce una frase mencionando que su actividad bélica tenía una doble misión, ser «le héros de la liberté de son pays dont il défendait l'indépendance et les franchises, et le champion du droit royal de Charles V».¹⁴ El artículo tiene un contenido plenamente político. Junto al elogio de Zumalacárregui se nos presenta el de Carlos V, dotado de grandes virtudes. Esta finalidad queda aún más clara en el último párrafo: «Que peut craindre Charles V?».

Los panegíricos filocarlistas

Agustín Chaho es el inspirador de una parte importante de las tesis nacionalistas sobre la Primera Guerra Carlista, acontecimiento que vivió de forma muy directa.¹⁵ Chaho se presentó en el teatro de la guerra, en abril de 1835, con finalidad «purement littéraire et dépourvu de tout caractère politique».¹⁶ Para esa fecha ya había publicado un folleto en favor de don Carlos, obra absolutamente contradictoria con su trayectoria política, socialista revolucionario y anticlerical.

¹³ *La Gazette de France* 28.06.1835 (1/1,3). Al final del texto hay una nota, «Depuis la publication de cette brochure, Zumalacárregui a bien grandi, et son nom est devenu une des gloires de son pays». Se trata de un texto realizado con anterioridad a su muerte y que se utiliza para la ocasión.

¹⁴ *La Gazette de France* 9.07.1835 (1/1).

¹⁵ E. Goyeneche, «Un ancêtre du nationalisme basque: Augustin Chaho et la guerre carliste». Appendice: les rapports inédits d'un agent secret français sur la guerre carliste», en, *Euskal Herria 1789-1850. Actes du Colloque international d'Etudes Basques, Bordeaux 3-5/1973*, Bayonne, Société des amis du Musée Basque, 1978, pp. 229-259.

¹⁶ A.R.A.H. 9/6721. Instancia (Huici, 4.04.1835) de J.A. Chaho de Navarre al Secretario de Estado de Asuntos Exteriores de S.M. Carlos V. Se trata de la respuesta dada a la petición del Gobierno carlista (2.04.1835) de «que este individuo me manifieste por escrito y en pliego cerrado las circunstancias personales y el objeto de su venida». A.R.A.H. 9/6753.

Poco tiempo después apareció su libro *Voyage en Navarre*, del que se han realizado varias ediciones en castellano. Es una mezcla de recuerdos, reportajes y abundante fantasía.¹⁷ Chaho, que evidentemente es un precursor del nacionalismo, hace hablar a sus supuestos interlocutores en sus mismos términos, forzando una interpretación cuyos únicos fundamentos son las páginas del propio libro.¹⁸

No hay ningún otro documento (proclama, libro de memorias, etc.) escrito en el mismo sentido. Tales teorías formaban parte de la ideología de ciertos demócratas franceses, como se puede ver en las alabanzas que le dirigió el periódico francés *Le National*, y de una mentalidad romántica. La obra es una loa a la figura de Zumalacárregui, tal como señala en el mismo prólogo: «Mi libro bajo ciertos aspectos, es el testamento político de un gran hombre, Zumalacárregui».¹⁹ El atractivo de sus hazañas militares fue el principal motor de su viaje.

La tesis fundamental de la obra se asienta sobre la singularidad de las instituciones vascas y la guerra como defensa de esa misma situación. En numerosas ocasiones se plantea la dicotomía existente en el Carlismo entre los vascos y el resto hasta el punto de llegar a afirmar: «Ah, señor rey Carlos, os hacían falta vascos para aprovisionar vuestra guerra, vascos para emprenderla, y Zumalacárregui para mandarlos».²⁰ En el prólogo menciona la euforia de ciertos cortesanos castellanos ante la posibilidad de estructurar el apoyo de la causa de don Carlos sobre los habitantes de dicha región, y de esta forma «desarmar a los vascos, montañeses inquietos, federalistas indóciles, y de ponerse en guardia contra la persona de Zumalacárregui».²¹

Chaho reproduce unos versos populares vascos adaptados para ensalzar a Zumalacárregui:

¹⁷ Sobre Chaho resultan imprescindibles las obras de Jon Juaristi, *El linaje de Aitor*, Madrid, Taurus, 1987, pp. 76-106; y *El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos*, Madrid, Espasa, 1997, pp. 35-63. La misma opinión mantiene X. Kintana, «Prólogo», en A. Xaho, *Viaje a Navarra durante la insurrección de los vascos*, Donostia, Txertoa, 1976, p. 19. J. A. Chaho, *Voyage en Navarre pendant l'insurrection des Basques (1830-1835)* / Avec une préface de Pierre Bidart, Marseille, Lafitte Reprints, 1979. Dicho libro fue adquirido por encargo de Arias Tejeiro, Ministro de don Carlos, (A.R.A.H. 9/6698, El 28 de marzo de 1836, el agente carlista en Bayona da cuenta de haber recibido el encargo; A.R.A.H. 9/6702, se notifica el envío del libro con fecha 11 de abril).

¹⁸ Esta misma opinión la expresa Julio Caro Baroja. («Julio Caro Baroja entrevistado por X. Lete», en *Muga*, 6 (mayo, 1980), p. 52): «Lo de Chaho es el sueño de un periodista romántico con una visión del carlismo que es la que gusta ahora, que es una visión muy particular».

¹⁹ A. Xaho, *op. cit.*, p. 30.

²⁰ *Ibidem*, p. 99.

²¹ *Ibidem*, p. 31. Esta idea se repite en varias ocasiones: p. 207.

El nombre de Zumala
 Y su celebridad
 Se extienden lejos.
 En la corte de los reyes
 En las ciudades y campiñas
 ¿Hay alguien que no haya oído
 hablar de Zumala?²²

Resulta evidente que su fama había crecido hasta el punto de formar parte de la leyenda popular. En la breve biografía que publica a continuación de estos versos realiza una afirmación de profundo contenido nacionalista: «El único defecto que se le reprocha, y que a nuestros ojos constituye su principal mérito es la idolatría que profesa por la nacionalidad de nuestra raza, es su patriotismo exclusivo».

Las menciones al general guipuzcoano están dominadas por una serie de factores:

- El enlace con los héroes de la historia vasca: «Zumalacárregui, saliendo de la ensoñación, lanzó a su soberbio caballo y partió al galope, seguido de su estado mayor, como Sancho el Fuerte por sus ricohombres» (130).
- La posición de liderazgo sobre sus hombres.

Esta glorificación tiene un claro ritmo *in crescendo* a lo largo de la obra, situación que desemboca en un capítulo final que recuerda escenas de glorificación religiosa, y más concretamente la transfiguración en el monte Tabor:

El Independiente, así es como le llamaremos en adelante, fue dirigido en su carrera por la aparición que saltó a sus ojos; un hombre envuelto en un manto negro acababa de alcanzar la cima de una altura vecina, y se mantenía en pie con la inmovilidad de una estatua sobre su pedestal; el resplandor de la luna exageraba su talla y confería a su postura un toque aéreo; se distinguía con claridad la punta de su gran espada, que superaba la largura de su manto.²³

Chaho no duda en maquillar los hechos para convertir a Zumalacárregui en el brazo ejecutor de las Juntas provinciales, cuando en realidad fue el militar que conculcando los fueros las sometió a un férreo control.²⁴

²² A. Xaho, *op. cit.*, p. 127

²³ *Ibidem*, p. 242. Joseph Zabalo («Au coeur du carlisme: Chaho et Zumalacárregui», en *Revue d'histoire de Bayonne, du Pays Basque et du Bas-Adour*, 151 (1996) nouvelle série) señala sobre la obra de Chaho: «Cet ouvrage... s'achevait en apothéose avec l'étrange rencontre d'Augustin Chaho et du lieutenant-général Zumalacárregui dans un décor et un style romantiques à souhait».

²⁴ *Ibidem*, p. 239.

Goyeneche, aunque reconoce la existencia de críticas a la veracidad de la celebración del encuentro, lo data en la noche del 7 al 8 de abril de 1835, lo que resulta imposible porque el caudillo carlista había salido un día antes. A través de sus biografías se constata que no se pudo producir en las fechas en que se menciona: el 4 de abril se encontraba en Zúñiga; el 5 en Echarri-Aranaz; el 6 en Lecumberri, en donde había citado a Miguel Gómez y Joaquín Elío; el día 7, se interrumpió la reunión y salió a enfrentarse con los liberales hacia Ezcurra, Altos de Berrueta, Saldías y finalmente llegó hasta Santesteban. Resulta pues imposible la entrevista en la noche del 7 al 8; como resulta imposible creer que Zumalacárregui consultase estrategias militares con la Junta de Navarra. En los libros de actas no consta ninguna actividad de este tipo.

Chaho es el primero que habla de «Euskal Herria como *nacionalidad* oprimida por España: toda la historia del País Vasco será la historia de la defensa de la *nacionalidad* vasca y la propia guerra carlista no es sino la continuación de un largo proceso en defensa del ser nacional vasco».²⁵

En los años inmediatos a su muerte se publicaron diversos libros que ensalzaban su figura. El primero en aparecer fue el del barón de los Valles, Auguet de Saint-Sylvain, *Un capítulo de la historia de Carlos V*, obra aparecida en 1835.²⁶ La obra es un panegírico carlista centrado más en la persona de Carlos V que de Zumalacárregui, de quien habla en términos elogiosos en diversas ocasiones. Pero los elogios se centran fundamentalmente en las cuestiones militares, ya que apenas se aborda su faceta política, especialmente tras la llegada de don Carlos a territorio español. La única información con un contenido más político es la petición dirigida a don Carlos para que se dirigiese cuanto antes a territorio dominado por sus partidarios y evitar de esa forma su sensación de desamparo.²⁷

En una de las notas del libro se incluye una biografía, texto que está fuertemente inspirado en el de Villemur, publicado en la *Gazette de France*.²⁸

Casi de forma inmediata Henningsen, que había luchado en las tropas carlistas, publicó una obra que tuvo gran influencia ya que fue tra-

²⁵ J. Corcuera, *op. cit.*, p. 54. Son muy interesantes sus apreciaciones sobre Chaho pp. 53-56. La recuperación de Chaho como nacionalista se encuentra en la obra de F. Sarrailh *La cuestión vasca* (pp. 107-116) publicada en 1967 y reeditada por ETA en 1971. *Documentos Y*, vol. 12, pp. 161 y ss.

²⁶ Barón de los Valles, *Un capítulo de la historia de Carlos V*, Madrid, Actas, 1991. La primera edición, en francés, es de 1835; en la misma fecha se editó en inglés y alemán. La edición castellana, editada en Perpiñán, es de 1837. El *Giornale del Regno delle Due Sicilie* [14 (1/1>2/1), 17 (1/1,4) y 18 (1/4>2/2) de julio de 1835] publicó algunos capítulos.

²⁷ *Ibidem*, p. 119.

²⁸ *Ibidem*, pp. 106-108.

ducida en diversos países.²⁹ Un liberal inglés que había vivido 5 años en Bilbao, publicó en respuesta un libro, destinado a hablar más de la guerra en general que de la biografía de algunos de los personajes.³⁰

La obra de Henningsen escrita con las notas que había tomado durante la campaña, tiene un gran interés por los datos que aporta, tanto sobre las motivaciones de la guerra como del desarrollo de los acontecimientos en el bando carlista.

Lo mismo se puede decir de la publicación de Zaratiegui, secretario de Zumalacárregui, y que Boussağol ha demostrado que fue la principal fuente de inspiración de episodio de Pérez Galdós.³¹ Al igual que la obra de Henningsen el libro concluye con la muerte del general carlista.

Uno de los principales panegíricos de Zumalacárregui es el publicado por Arízaga, auditor del Ejército carlista.³² En el libro se nos presenta el nombramiento de Zumalacárregui como un hecho deseado por todos los sublevados, «la subordinación y general aclamación con que reconocieron por jefe de sus operaciones...». Decisión que estaba basada en su fama como organizador en los distintos destinos que había desempeñado.

Arízaga da cuenta, aunque de forma un tanto idealizada, de la relación que mantenía con las juntas provinciales, y menciona también las diferencias con los cortesanos de don Carlos que le llevaron a presentar su dimisión; enfrentamiento que se encuentra en la base de la decisión de sitiar Bilbao.

Al relatar su fallecimiento Arízaga realiza una valoración muy elogiosa del personaje, tanto desde el punto de vista militar como personal:

- a) aptitud militar: Tras su muerte deja un ejército bien organizado, y trató de forma adecuada a las instituciones civiles
- b) personalidad: Generoso con los contrarios, no persiguió a nadie. No se dejó adular.

Tales son las líneas fundamentales sobre las que traza su breve descripción, y por ello «murió dejando grabado en el país, en el ejército y

²⁹ C.F. Henningsen, *Campaña de doce meses en Navarra y las Provincias Vascongadas con el general Zumalacárregui*, San Sebastián, Editorial Española, 1937. La primera edición en inglés data de 1836, tras los que fue traducido a varios idiomas: francés (1836), alemán (1837), italiano (1838) y castellano (1839).

³⁰ J.F. Bacon, *Seis años en Vizcaya, incluyendo la narración personal de los sitios de Bilbao, en junio de 1835 y octubre y diciembre de 1836 y de los principales acontecimientos ocurridos en esta ciudad y las Provincias Vascas, durante los años 1830 a 1837*, San Sebastián, Diputación Foral de Guipúzcoa, 1994. La primera edición se realizó en Londres en 1838, y el mismo año se publicó en España una traducción parcial de la obra.

³¹ J.A. Zaratiegui, *Vida y hechos de don Tomás de Zumalacárregui*, Madrid, SARPE, 1986. La primera edición es de 1845, y el mismo año apareció una traducción al francés. G. Boussağol, «Sources et composition du "Zumalacárregui" de B. Pérez Galdós», en *Bulletin Hispanique*, XXVI/3 (Juillet-Septembre 1924), pp. 241-264.

³² J.M. Arízaga, *Memoria militar y política sobre la Guerra de Navarra, los fusilamientos de Estella y principales acontecimientos que determinaron el fin de la causa de D. Carlos Isidro de Borbón*, Madrid, Imprenta de D. Vicente de Lalama, 1840.

en cuantos le trataron, un sello de noble reconocimiento a su memoria, que adquirió por un título honroso, engendrado en su conducta política y militar, y contra el cual es difícil pueda alzarse ninguno, sea de la opinión o partido a que pertenezca, como esté revestido de imparcialidad y desnudo de pasiones humanas».³³

Todas estas obras ayudaron a mantener la fama del general guipuzcoano, nombre que estaba asentado fundamentalmente sobre las informaciones que publicó la prensa de toda Europa narrando el desarrollo de los acontecimientos bélicos de la Península.

En 1884 salió a la luz una breve biografía del general guipuzcoano,³⁴ folleto en el que se idealiza su vida, en término parecidos a los vidas de santos: predicciones durante su infancia («será algún día un gran capitán»), presentación como voluntario en la Guerra de la Independencia («corrió al peligro llena su fantasía de ilusiones y de ensueños, ardiendo en deseos de celebridad y de gloria»).

Los grandes de la novela histórica

Benito Pérez Galdós

Pérez Galdós es el primer gran literato que presta atención a la figura de Zumalacárregui. La primera mención la encontramos en el episodio *Juan Martín El Empecinado* cuando al describir al personaje menciona su bigote «que más tarde usaron Zumalacárregui y otros jefes carlistas».³⁵ Se trata de una referencia en la que se une a uno de los guerrilleros más importantes de la Guerra de la Independencia con el héroe carlista por excelencia.

Si en la Guerra de la Independencia la mención es meramente casual y no relacionada con los acontecimientos que relata, en el siguiente episodio bélico, las guerrillas realistas de 1823, se empieza a trazar la hoja de servicios del general guipuzcoano. Galdós le menciona combatiendo en Navarra a las órdenes de «Quesada, a cuyo lado despuntaba un precoz muchacho llamado Zumalacárregui».³⁶ En el mismo volumen, al realizar el retrato de Espoz y Mina, recuerda su relación epistolar con

³³ J.M. Arizaaga, *Memoria militar y política sobre la Guerra de Navarra*, op. cit., p. 24.

³⁴ *Historia militar y política de don Tomás Zumalacárregui y de los sucesos de la guerra de las provincias del Norte enlazados a su época y a su nombre*, Madrid, s.e., 1884. El texto es un resumen de la biografía publicada por Madrazo en 1844.

³⁵ B. Pérez Galdós, *Juan Martín el Empecinado*, Madrid, Librería de los sucesores de Hernando, 1908, pp. 52-53. Juan Bautista Avalle-Arce («Zumalacárregui», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 250-252 (octubre 1970-Enero 1971), p. 361, nota 11) no menciona esta cita que en mi opinión resulta interesante porque crea un nexo de unión entre los distintos conflictos bélicos de la primera mitad del XIX.

³⁶ B. Pérez Galdós, *Los cien mil hijos de San Luis*, Madrid, Librería de los sucesores de Hernando, 1906, p. 36.

Zumalacárregui, diez años más tarde, referente a la situación de la familia del general guipuzcoano.³⁷

Más adelante vuelve a ser mencionado en un conciliábulo carlista en el que se encontraban entre otros Rafael Maroto y el Conde Negri, uno de cuyos integrantes señaló que no se podía contar con él, ya que no había respondido a los mensajes enviados.³⁸

Zumalacárregui pasa a ser uno de los personajes fundamentales en dos tomos de los *Episodios Nacionales: Un faccioso más y algunos frailes menos* y por supuesto en el que lleva su nombre. En estos dos textos es donde se configura la imagen del militar guipuzcoano, informaciones que pueden ser estructuradas en los siguientes apartados:

a) Retrato físico y psicológico.

Todos los autores conceden espacio a la descripción física del héroe guipuzcoano. La primera mención, como hemos señalado antes, hace referencia al bigote que le identificaba con los guerrilleros de la Guerra de la Independencia. No hay nuevas menciones hasta su presencia en Madrid con motivo de los festejos de la boda del Rey.

Galdós vuelve a hablar de él con motivo de la descripción de las fiestas en honor al matrimonio de Fernando VII, en cuya parada militar participó, y le hace protagonista de un accidente, caída del caballo, hecho que aprovecha para identificar las distintas opiniones en torno al personaje. Su aspecto físico motiva que diversos actores de la trama ridiculicen su figura estableciendo comparaciones con el moro Muza y con don Quijote: «Era un hombre de cuerpo largo y flaco, cara morena y varonil».³⁹ Mientras personajes cercanos al absolutismo le califican de «apostólico neto y con un corazón mayor que esta casa».

Según va avanzando su posición de gloria militar se va magnificando su descripción física. En estos términos se realizaba su retrato poco antes de abandonar Pamplona:

Era un hombre de alta estatura, moreno, de ojos negros, bigote y patillas. Recortadas éstas con esmero por la navaja, formaban una curva sobre las mejillas y venían a unirse al bigote, resolviéndose en él, por decirlo así, de lo que resultaba como una carrillera de pelo. Su nariz aguileña de perfecta forma, el mirar penetrante, y un no sé qué de reserva, de seriedad profunda que en él había, indicaban que no era hombre vulgar aquél que en tal hora paseaba...⁴⁰

³⁷ B. Pérez Galdós, *Los cien mil hijos...*, *op. cit.*, p. 54.

³⁸ B. Pérez Galdós, *Los Apostólicos*, Madrid, Librería de los sucesores de Hernando, 1906, p. 161.

³⁹ *Ibidem*, pp. 46-47.

⁴⁰ B. Pérez Galdós, *Un faccioso más y algunos frailes menos*, Madrid, Librería de los sucesores de Hernando, 1908, p. 214.

Galdós recurre a repetir su descripción física cuando le acerca a algunos de los personajes fundamentales de la trama de la obra.⁴¹ Sin duda alguna para resaltar un hecho que también repite Baroja, la ausencia de retratos, y por lo tanto la imposibilidad de que se tuviese un conocimiento previo de sus caracteres físicos.

Hasta llegar al tomo dedicado a él, Galdós realiza sólo descripciones físicas que según va avanzando introducen algunos elementos del perfil psicológico. En ese tomo encontramos un retrato que se aleja de la mera enumeración de elementos físicos:

Y mientras realizaba este acto de hábil santonismo, Zumalacárregui no cesaba de combatir, en la boca el ruego, en la mano el mazo. Maestro sin igual en el gobierno de tropas y en el arte de construir, con hombres, formidables mecanismos de guerra, daba cada día a su gente faena militar para conservarla vigorosa y flexible. De continuo la fogueaba, ya seguro de la victoria, ya previendo la retirada ante un enemigo superior.

¿Qué le importaba esto, si su campaña a más del objeto inmediato de obtener ventajas aquí y allí, tenía otro más grande y artístico, si así puede decirse, el de educar a sus fieros soldados y hacerles duros, tenaces, absolutamente confiados en su poder y en la soberana inteligencia del jefe? Atacaba las guarniciones de villas y lugares, tomando lo que podía, dejando lo que le exigía excesivo empleo de energía y tiempo; procuraba ganar las pocas voluntades que no eran suyas, poniendo en ejecución medios militares o políticos, así los más crueles como los más habilidosos, y lo que se obstinaba en no ser suyo, quiero decir, del Rey, vidas o haciendas, lo destruía con fría severidad, poniendo en su conciencia los deberes militares sobre todo sentimiento de humanidad. Movido de la idea, guiado por su prodigiosa inteligencia y conocimientos del arte guerrero, iba trazando, con garra de león, sobre aquel suelo ardiente, un carácter histórico... ¡Zumalacárregui, página bella y triste! España la hace suya, así por su hermosura como por su tristeza.⁴²

A lo largo del mismo va perfilando más su retrato:

- «Fue recibido con severa cortesía, tan distante de la familiaridad como de la rigidez orgullosa» (p. 81)
- «Era hombre que oía más que hablaba, y que no gustaba de palabras ociosas» (p. 82)
- «Su honradez era tan grande como su talento militar» (p. 258)
- «mártir glorioso de su deber» (p. 288)
- «era un gran filósofo cristiano» (p. 296)

⁴¹ B. Pérez Galdós, *Zumalacárregui*, Madrid, Librería de los sucesores de Hernando, 1909, p. 45.

⁴² *Ibidem*, p. 8. En la página 76 afirma que «Es hombre muy perspicaz, ¡oh!... gran catador de caracteres».

En numerosas ocasiones hace referencia al vigor de su mirada como instrumento de análisis y de mando (pp. 80, 81, etc.).

Junto a su habilidad militar y su valor, Galdós sitúa su crueldad como un instrumento constitutivo de su forma de actuar. El primer capítulo se centra en la descripción del fusilamiento de un alcalde y se extiende en consideraciones sobre el escaso valor de la vida y el aspecto rutinario que había adquirido la supresión de vidas humanas.⁴³ A continuación se extiende en la descripción del incendio de la iglesia de Villafranca de Navarra, y tiene especial fuerza la de los latigazos propinados a las mujeres de los milicianos nacionales o el fusilamiento de sus maridos.

b) Valoración militar.

Su figura es presentada como un valor militar positivo para la causa carlista, cuya adhesión se consideraba importante. En un primer momento, cuando aún no se había decantado a favor del Carlismo, se planteaba la información con cierto pesar:

- No hay que contar con Zumalacárregui.
- ¿Todo sea por Dios! –exclamó Carnicero.
- ¿Ha escrito? Pues a mi carta no se dignó contestar. ¿Sigue en el Ferrol?
- Pues nos pasaremos sin él –indicó el Conde de Negri– La causa revienta de partidarios, quiero decir que los tiene de sobra en todas las clases de la sociedad, y así no es bien que solicite coroneles, como es uso y costumbre entre liberales.⁴⁴

El texto refleja claramente la desazón que provoca en los conjurados la falta de claridad de la actitud de Zumalacárregui, que finalmente queda convertida en una postura de minusvaloración de su aportación como militar. Este hecho queda aún más patente en el desarrollo de los diálogos cuando se informa de su cambio de postura.

A principios de 1833 nos lo encontramos en Madrid, en clara convivencia con los carlistas, que lo califican de «excelente adquisición» y que «resistente hasta entonces a los halagos de la gente moji-gata, se había dejado seducir al fin».⁴⁵ La valoración se realiza conjuntamente situando a Zumalacárregui en la órbita bélica, «buen militar», mientras que Negri queda calificado como «buen diplomático».

En el episodio que lleva su nombre hay numerosas menciones a los movimientos militares, en los que se refleja su velocidad, su concepción militar, su juego con las tropas enemigas a las que cansaba con marchas

⁴³ B. Pérez Galdós, *Zumalacárregui*, *op. cit.*, p. 9. José Ramón Urquijo, «Los servicios de información durante la Primera Guerra Carlista», en *Revista de Historia Militar*, XLIX (2005) número extra, pp. 84 y ss.

⁴⁴ B. Pérez Galdós, *Los Apostólicos*, *op. cit.*, pp. 161-162.

⁴⁵ B. Pérez Galdós, *Un faccioso más...*, *op. cit.*, pp. 24-25. En *Narváez*, Madrid, Librería de los sucesores de Hernando, 1906, p. 141, lo califica de «guerrero muy respetable».

y contramarchas, hasta el punto de llegar a afirmar que era «el verdadero director de la campaña».⁴⁶

c) Su caudillaje.

La información sobre la actividad bélica de Zumalacárregui se nos presenta de golpe, como algo incontestable, sin introducirnos el hecho de forma progresiva:

¿Qué contaba Zorraquín? Las hazañas de Zumalacárregui, que era el asunto obligado en Pamplona y en toda Navarra.

Zorraquín refería las acciones, describía los lugares, reproducía las palabras, dando a las alocuciones el tono y tamaño de discursos a lo Tito Livio. Hasta imitaba los gestos de los guerreros, y al llegar un punto en que hubiese aclamaciones de la muchedumbre, lo hacía tan al vivo, que era preciso suplicarle que bajase la voz para no alarmar a la vecindad.⁴⁷

Pero además se daba a entender su posición incontestable en el seno del Carlismo a pesar de que algunas de las medidas adoptadas no podían ser ciertamente populares:

Este desplegó desde el primer momento energía colosal. Rebajó a un real la soldada de dos reales que percibían los voluntarios, y empezó a combatir con gran fortuna. Dictó aquellas célebres disposiciones que tan extraordinario vigor infundieron a las armas carlistas, y en todo mostró ser insigne guerrillero, digno sucesor de los Viriatos, Empecinados y Merinos, con más saber militar que todos ellos. Sus terribles castigos revelaron un carácter de hierro tal como se necesitaba en aquella sangrienta ocasión.

Condenó a muerte en un bando que hacía cumplir estrictamente, a todo el que volviera la espalda al enemigo durante el combate, a todo el que sin vacilar no se dirigiese al puesto designado...⁴⁸

De esta forma, Galdós le une con lo más selecto del genio militar español: Viriato el guerrillero por antonomasia, y después dos de los más célebres opositores a las tropas de Napoleón, uno de los cuales había merecido que le dedicase uno de los tomos de los *Episodios Nacionales*. Identificación que resulta contradictoria con las palabras que pone en su boca, indicando que la guerrilla era un método bélico inadecuado en las circunstancias del momento.

⁴⁶ B. Pérez Galdós, *Zumalacárregui*, *op. cit.*, p. 248. En la página 259 le denomina «el más ilustre de sus súbditos».

⁴⁷ B. Pérez Galdós, *Un faccioso más...*, *op. cit.*, p. 231.

⁴⁸ *Ibidem*, p. 232. Vuelve a mencionar este hecho en *Zumalacárregui*, p. 98.

También lo identifica con héroes de la historia universal: «Gracias a Dios que voy a ver a ese portento, el caudillo de los soldados de la Fe, el Macabeo redivivo». ⁴⁹ Esta irradiación del personaje, se expresa además como un elemento importante de reclutamiento. ⁵⁰ Pero incluso el propio Galdós en los textos que no pone en boca de los distintos personajes que intervienen en la trama, tiene palabras de admiración para el héroe guipuzcoano:

¡Desde aquel otoño de 1833 hasta la primavera del 35, cuántas páginas de patética historia, cuántos hechos brillantes o bárbaros, cuántos esfuerzos de sublimidad heroica, de honrada abnegación o de fanatismo delirante! En tan breve tiempo crece y se complementa una figura militar, que sería muy grande si no la hubiera criado a sus pechos la odiosa guerra civil. Y en la precisa oportunidad histórica, el destino dispone la integración de la figura del insigne guerrero, agregando a sus coronas de laurel la de abrojos que para él había de tejer puntualmente la envidia; que sin esto la figura no podía ser completa. Aproximábase a su ocaso, con todos los sacramentos, la gloria que enaltece, la ingratitude que roe, el público aplauso que empuja hacia arriba, la envidia que tira de los pies para hacer bajar al sujeto, y poner su cabeza al nivel de las pelonas de la muchedumbre. ⁵¹

Lógicamente, se pone en boca de los personajes liberales expresiones que ridiculizan su actuación. La mujer de un urbano fusilado en Villafranca se refiere a él como «Don Zamarra, General Meampucheros». ⁵²

d) Las intrigas de la camarilla.

Una temática que resalta Galdós es la oposición que halló entre los distintos grupos carlistas. La primera que menciona es la de sus compañeros de armas, especialmente la de aquellos que participaron en la sublevación desde los primeros momentos. ⁵³

⁴⁹ B. Pérez Galdós, *Zumalacárregui*, *op. cit.*, p. 42.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 68, 71. Pone en boca del sacerdote Faño expresiones en este sentido.

⁵¹ *Ibidem*, p. 260.

⁵² *Ibidem*, p. 56.

⁵³ B. Pérez Galdós, *Un faccioso...*, *op. cit.*, p. 231. «Abreviando todo lo posible la empalagosa narración, sólo diremos que Zumalacárregui había tropezado con el antagonismo de los discólos jefes que se sublevaron antes que él. Aclamado por algunos como jefe de todos los voluntarios navarros, halló resistencia en Iturralde. El cura de Irañeta, y Mongelos no vacilaron en ponerse a sus órdenes. Dividióse los carlinos; pero una insurrección pequeña nacida dentro de la insurrección grande resolvió el problema. El cabecilla Sarasa se sublevó una mañana, y haciendo prisionero a Iturralde, proclamó a Zumalacárregui comandante general de Navarra. Por este procedimiento, que más que navarro era español puro, se unificó la insurrección, y los voluntarios carlistas no tuvieron ya sino un solo jefe».

La relación que mantiene con el sacerdote Fago describe uno de los elementos fundamentales de su actuación. En toda la obra queda definido más como militar profesional que como guerrillero, y desde esta perspectiva resulta lógico su desprecio hacia los que se entrometían en la guerra. Zumalacárregui no acepta a los curas como capitanes, sino que les inserta en el escalafón más bajo, para que vayan ascendiendo de acuerdo con los méritos adquiridos: «Amigos de usted me han informado de sus aficiones a la guerra. Déjeme usted ser franco y decirle que los curas armados me gustan poco».⁵⁴

La tensión se observa tanto en algunas medidas que propugna de mantener las decisiones de la guerra alejadas de la intervención arbitraria de ciertos círculos cortesanos, como en los comentarios de estos grupos que minusvaloran su actuación: «En el Cuartel Real tenemos sujetos de gran conocimiento en estos asuntos, algunos de orden civil».⁵⁵ Según va avanzando el relato las referencias son más numerosas, más tensas y más extensas:

En Segura fue recibido afablemente por D. Carlos, que se mostró benévolo y agradecido, estimando mucho el ánimo, la perseverancia y abnegación que en el mando del ejército desplegaba. Abrevió el caudillo su visita cuanto pudo, no sólo por la prisa de expugnar a Vergara, sino porque le asfixiaba la atmósfera, el tufo de camarilla; y aunque ninguno de los corifeos del Cuartel Real le mostraba desafecto, no ignoraba que en la tertulia del Rey y en los corrillos de toda aquella caterva de vagos y aduladores se le iba formando una opinión adversa, regateándole sus méritos o servicios, censurando sus actos. Las victorias que uno y otro día alcanzaba la facción se atribuían al valor de las tropas realistas y al desmayo y falta de fe de las de la Reina. Indudablemente Zumalacárregui, según los habladores y comentaristas del Cuartel Real, había hecho bastante, quizás mucho; pero sin duda pudo hacer más, y seguramente otro General se habría plantado ya en tierra de Castilla, abriendo al Rey legítimo el camino de Madrid. Los estratégicos de gabinete, o de corrillos callejeros, hormigaban en la Corte trashumante, y los últimos covachuelistas y acólitos se permitían planes de guerra. Ganaba terreno la opinión de que el propio Rey debía ponerse al frente del ejército y dirigir por sí mismo las operaciones, en la seguridad de que el Espíritu Santo, como a predilecto de Dios, le asistiría con luces de ciencia militar, concediéndole los laureles de Pelayo, los Alfonsos y el Cid.⁵⁶

⁵⁴ B. Pérez Galdós, *Zumalacárregui*, op. cit., p. 81 y 86 «... ésta no es campaña de guerrillas, sino de ejércitos: las guerrillas pasaron, señor mío; hicieron su papel en la guerra de la Independencia y en las trifulcas del 20 al 23; pero todo esto está mandado recoger».

⁵⁵ *Ibidem*, p. 199.

⁵⁶ *Ibidem*, p. 257. Un testimonio similar en la página 263.

Galdós explica su muerte como consecuencia de su rechazo a recibir los cuidados de los médicos que estaban en la Corte, porque sentía un profundo rechazo a residir en ella.⁵⁷ Esta tensa relación es compartida también por los militares que se habían formado a su lado.⁵⁸

En este mismo sentido se orienta la referencia a que lo creado por Zumalacárregui «se desmorona por la imbecilidad del partido eclesiástico».⁵⁹

e) Su relación con el Pretendiente.

Galdós traza de forma muy atinada su relación con don Carlos. Describe su primer encuentro como un modelo de fidelidad: Zumalacárregui acude presuroso a rendir homenaje a su Rey, ante el cual actúa «con respeto y cortedad».⁶⁰ Relata una escena desigual en la que «el más ilustre y más poderoso de sus vasallos» se inclina ante un monarca «en el cual no resplandecía ningún destello ni aun chispa leve de inteligencia» y que «si no era una cara estúpida, estaba muy cerca de serlo».

El inicio del tomo dedicado a Zumalacárregui contiene una descripción de las operaciones militares en términos religiosos: las operaciones militares quedan definidas como «procesión militar»; Don Carlos es el «santo», que es paseado por el «afortunado guerrero del absolutismo».

Tras su fallecimiento aparecen las menciones a la culpabilidad de los personajes (el Pretendiente, Moreno, etc.) que obstaculizaron la labor del «primero y único capitán del absolutismo».⁶¹

f) El paralelismo de los personajes.

Desde el momento que Zumalacárregui abandona el territorio liberal, Galdós recurre a hacer intervenir a personajes que alaban las actuaciones del general guipuzcoano señalando que tal hubiese sido su misma forma de actuar. Así encontramos que cuando se une a las tropas carlistas Monsalud indica:

¿Ves lo que hace Zumalacárregui? Pues eso debía haberlo hecho yo. ¿No te dije que era necesario que un jefe militar se pusiese al frente de esta sagrada insurrección para organizarla? Pues ese jefe debía ser yo, yo. ¿Qué hace Zumalacárregui? Lo mismo que habría hecho yo. Su papel es el mío, sus laureles los míos, su triunfo mi triunfo. Si yo no estuviera en esta aborrecida cama,

⁵⁷ B. Pérez Galdós, *Zumalacárregui*, op. cit., pp. 292-293.

⁵⁸ B. Pérez Galdós, *De Oñate a la Granja*, Madrid, Librería de los sucesores de Hernando, 1907, p. 169.

⁵⁹ B. Pérez Galdós, *Vergara*, Madrid, Perlado, Páez y Compañía, 1906, p. 61.

⁶⁰ B. Pérez Galdós, *Un faccioso más...*, op. cit., pp. 247-249.

⁶¹ B. Pérez Galdós, *De Oñate a la Granja*, op. cit., p. 211.

estaría donde él está ahora, y lo que él piensa hacer y hará de seguro, ya estaría hecho... ¡Qué desesperación, Dios de Dios!⁶²

En el tomo dedicado al general guipuzcoano, coloca en una posición preeminente al sacerdote Faño, quien en diversos párrafos refrenda las disposiciones de Zumalacárregui con frases del tenor siguiente: «Lo que ha hecho Zumalacárregui lo habría hecho yo... no se ría usted de mí... lo habría hecho tan bien como él... y si me apuran, diré que mejor».⁶³

Pero según avanza el relato y va consolidándose la relación entre ambos personajes ésta se estrecha y supera el límite de la adivinación de los movimientos militares:

El sentimiento de emulación que llenaba su alma en los primeros días de conocerle y tratarle, trocábase ya en suprema piedad, y en adoración de las virtudes y méritos grandes del caudillo, méritos y virtudes que comprendía como nadie; y si antes tuvo la pretensión de penetrar en su mente, adivinándole las ideas militares o anticipándose a ellas, ahora creía también en la transfusión de su espíritu en el de Zumalacárregui, y viviendo dentro de él se recreaba en la placidez de una conciencia limpia, en la entereza de un morir cristiano, sereno, con la satisfacción de haber desempeñado un papel histórico agradable a Dios, y de resignar su poderío terrestre en medio de la paz religiosa y de los consuelos de la fe.⁶⁴

La coincidencia del fallecimiento de ambos cierra de forma perfecta el paralelismo y la identificación de sus vidas.

g) La muerte del héroe.

El relato de su herida y muerte ocupa una décima parte del texto. Galdós va introduciendo un ambiente de cansancio, de falta de ilusión en los principales personajes (Zumalacárregui y Faño), sin que la herida sea un elemento fundamental en la determinación del estado de ánimo. Uno de los medios mediante los cuales introduce esta tensión es la descripción física en la que va insertando elementos de desgaste físico: sus problemas renales, su encorvamiento, etc.⁶⁵

⁶² B. Pérez Galdós, *Un faccioso más...*, *op. cit.*, pp. 218-219.

⁶³ B. Pérez Galdós, *Zumalacárregui*, pp. 61 y 329. J. B. Avalor-Arce (*op. cit.*, pp. 367 y ss.) señala que este paralelismo e identificación es en realidad un Doppelgänger («Es su sosia o doble, no en el sentido arbitrario y cinematográfico de hoy, sino en el misterioso y fatal que le dieron los románticos»). E. Gómez de Baquero, «Crónica literaria», en *La España Moderna*, X/115 (julio 1898), pp. 172-182. Diane F. Urey, «From monuments to syllables: The journey to knowledge in *Zumalacárregui*», en *Anales Galdosianos*, XXI (1986), pp. 107-114.

⁶⁴ B. Pérez Galdós, *Zumalacárregui*, *op. cit.*, p. 294.

⁶⁵ J. B. Avalor-Arce (*op. cit.*, pp. 362 y ss.). Peter A. Bly, «Las idiosincrasias humanas y la estrategia narrativa en *Zumalacárregui*», en *Anales Galdosianos*, XXI (1986), p. 95-106.

En un primer momento se considera un hecho sin importancia, ya que el traslado del herido obedece más al cansancio de la guerra y al deseo de volver a su pueblo que a necesidades médicas.

El viaje hacia Cegama describe su actitud ante los grupos carlistas: se niega a permanecer en la Corte, y le acompañan sus fieles (sus granaderos) y «los paisanos y mujeres», «la gente menuda». Y ansía llegar a su destino «donde le esperaban deudos y amigos cariñosos; perder de vista el ejército; descansar de la continua brega; olvidar sus propios esfuerzos físicos y espirituales, y la ingratitud, irrisorio galardón de tanta inteligencia y desinterés».⁶⁶

El relato va adquiriendo cada vez un tinte más fúnebre: se empieza por hablar de la gravedad de la herida, se cuestionan los dictámenes que hablan de una pronta curación, se introduce el tema de la muerte, y la llegada a Cegama se concibe ya como la «procesión del Santo Entierro».

Galdós identifica su muerte con el fin de la causa carlista: «Alma y brazo de la Monarquía absoluta, la Causa que por él y con él vivió, con él moría. Aunque el ideal carlista no haya adquirido el santo reposo, enterrado fue con los huesos de Zumalacárregui bajo las losas de la iglesia parroquial de Cegama... es que algunos muertos descansan, y otros no».⁶⁷

En los episodios posteriores a su muerte las menciones están teñidas de nostalgia, describiendo la ruina en la que está sumida la causa carlista que ha sido incapaz de mantener el legado de Zumalacárregui.⁶⁸ En los tomos correspondientes a la segunda guerra carlista, pasa a convertirse en una referencia, en general nostálgica, de los viejos tiempos que fueron mucho mejores.⁶⁹

Pío Baroja

Baroja forma con Galdós la élite de la novela histórica española. Mientras el segundo describe la historia de casi todo el siglo XIX en sus *Episodios Nacionales*, Baroja se centra en la primera mitad del siglo a través de la biografía de Eugenio de Avinareta, *Memorias de un hombre de acción*. En su obra Zumalacárregui es una mera referencia secundaria, en ningún caso un personaje vivo que forma parte de la trama fundamental. Las referencias a su persona son menos numerosas que las relacionadas con Cabrera.

⁶⁶ B. Pérez Galdós, *Zumalacárregui*, op. cit., p. 293.

⁶⁷ *Ibidem*, p. 308.

⁶⁸ B. Pérez Galdós, *Vergara*, Madrid, Librería de los sucesores de Hernando, 1908, pp. 247-249.

⁶⁹ B. Pérez Galdós, *España sin rey*, Madrid, Perlado, Páez y Compañía, 1910, p. 21; *Amadeo I*, Madrid, Perlado, Páez y Compañía, 1910, p. 170.

Al igual que en Galdós, la primera mención es una referencia inserta en la descripción de las guerrillas de la Guerra de la Independencia. En *El escuadrón del brigante* se menciona a Zumalacárregui comparándolo con el cura Merino: «Merino no era un valiente, como Mina o el Empeinado, ni un estratégico de genio, como luego ha demostrado ser Zumalacárregui».⁷⁰

Baroja tiene en general una visión bastante negativa del fenómeno guerrillero, o mejor dicho, de muchos de los guerrilleros que actuaron en España durante la primera mitad del siglo XIX.

Guerrear es suprimir durante un período la civilización, el orden, la justicia; abolir el mundo moral creado con tanto trabajo, retroceder a épocas de barbarie y de salvajismo.

Así nosotros teníamos en nuestras filas al Jabalí de Arauzo.

El Jabalí, en circunstancias normales, hubiese estado en un presidio o colgado de una horca; en plena guerra, convertido en un jefe respetable, lleno de galones y de prestigio, podía asesinar y robar impunemente, no por afán patriótico, sino por satisfacer sus instintos crueles.⁷¹

La siguiente referencia la encontramos en *La veleta de Gastizar*, en la que se hace eco de la información que le señalaba como la persona que había enseñado a leer al guerrillero liberal Gaspar Jáuregui, (a) El Pastor, extremo éste desmentido por su principal biógrafo.⁷² En diversas ocasiones va recuperando su presencia en momentos importantes de la historia de España.⁷³

En los relatos correspondientes a la guerra carlista va trazando una imagen admirativa del militar guipuzcoano, representación en la que se pueden distinguir varios aspectos:

a) La comparación con los militares de otras regiones.

En *Las furias* le compara con los cabecillas carlistas de Levante (Aragón y Cataluña) a los que califica de «audaces y atrevidos», pero a continuación señala que «no contaban con un hombre como los del Norte, con Zumalacárregui», y añade que sólo la llegada de Cabrera logró paliar esta situación, aunque vuelve a introducir un elemento peyorativo

⁷⁰ P. Baroja, *El Escuadrón del brigante*, Madrid, Caro Raggio, 1976, p. 89.

⁷¹ *Ibidem*, p. 115. Un testimonio similar en la página 70 de la misma obra: «[Los guerrilleros eran] Feroces, fanáticos, hubieran formado igualmente una partida de bandidos».

⁷² P. Baroja, *La veleta de Gastizar*, Madrid, Caro Raggio, 1977, p. 123. I. Lasa Esnaola, *Jáuregui el guerrillero (Un pastor guipuzcoano que llegó a mariscal)*, Bilbao, La Gran Enciclopedia Vasca, 1973, p.64.

⁷³ P. Baroja, *Las furias*, Madrid, Caro Raggio, 1979, p. 112. Menciona su actuación en las filas realistas en 1823, como comandante a las órdenes del general Pastors y teniendo por compañeros a un O'Donnell y al Conde de Negri.

al señalar que a «Cabrera, unos lo consideraban como un monstruo, y otros, como el más acabado tipo de caudillo defensor del trono y del altar».⁷⁴

Tras estas observaciones establece un paralelismo que parece igualarles, pero que a través de los adjetivos usados se evidencia que vuelve a optar claramente por el militar vasco: «Zumalacárregui y Cabrera eran en este tiempo y peleando en el mismo bando, dos símbolos de las dos corrientes opuestas y contrarias de la España clásica. El uno, la perseverancia y la visión clara y penetrante del hombre del Cantábrico; el otro, el brío, la gallardía y la fiereza del Mediterráneo».

Esta comparación con Cabrera la encontramos en otros volúmenes. En *La nave de los locos* repite de nuevo la mención a los entornos marinos en que se desarrolló su infancia, para a continuación buscar la disimetría en torno a una serie de elementos:

| | CABRERA | ZUMALACÁRREGUI |
|-----------------|--|-----------------------------------|
| Valor | Frenético | Sereno |
| Talento | Águdo y brillante | Profundo y tranquilo |
| Confía | En la intuición | En la intuición y en la reflexión |
| Persigue | Hacer un efecto | Conseguir un resultado |
| Carácter | Más cómico, seductor de multitudes, improvisador | Organizador y técnico |
| Compara | Un artista como Ribera o Salvador Rosa | Matemático y San Ignacio |

La comparación es la más recurrente y se encuentra en diversos volúmenes de la colección. Retorna nuevamente a ella, en esta ocasión a través del personaje literario que encarna el Conde de España, quien se identifica plenamente con Cabrera, a pesar de que reconoce en ambos competencia. En un diálogo con un inglés que viajaba por el campo carlista le señaló: «Zumalacárregui era, indudablemente, hombre de gran mérito, pero de sangre fría, calculador, estratégico, un poco como los paisanos de usted. Cabrera, no. Cabrera es de aquí, efusivo, teatral, de sangre caliente».⁷⁵

Y a continuación trasladaba estas valoraciones al esquema militar señalando que a Zumalacárregui le hubiese nombrado jefe de Estado Mayor y a Cabrera mariscal de campo; pero que en ambos casos carecían del abolengo por no tener orígenes ilustres.

⁷⁴ P. Baroja, *Las furias*, op. cit., p. 29.

⁷⁵ P. Baroja, *Humano enigma*, Barcelona, Planeta, 1969, p. 226.

Tras estos paralelismos con Cabrera, encontramos valoraciones con valor más absoluto, introducidas a través de los extranjeros que participaron en el conflicto enrolados en el bando carlista. La discusión sobre el general más sobresaliente situaba en el punto más alto de la jerarquía a Zumalacárregui, Cabrera y Gómez, y en un plano ligeramente inferior a Maroto y Villarreal.⁷⁶

Al final de *Las furias* manifiesta más claramente sus simpatías por el militar carlista, en esta ocasión al compararlo con ciertos militares liberales: «Yo confieso que sentía cierta antipatía por espadones jactanciosos y fieros. De aceptar un tipo militar, prefería el organizador frío y tranquilo como Zumalacárregui».⁷⁷

El pasaje más extenso referido a su actuación se encuentra en *La nave de los locos*, obra en la que relata una batalla entre Mina y Zumalacárregui, ocasión que aprovecha para establecer una vez más una comparación entre ambos personajes. El relato se presenta a través de un antiguo partidario del Carlismo, razón por la que aparece por primera vez la denominación cariñosa profusamente utilizado por sus partidarios, «Tío Tomás».⁷⁸

A ambos calificaba de viejos (53 años Mina y 46 Zumalacárregui), y los describía con un cierto aire tétrico: Mina («escuálido, con patillas grises y cara de muerto») y Zumalacárregui («hombre triste, flaco, de aire enfermo y de mal color, también con patillas y vestido de negro»). Y contraponía la mayor inteligencia del guipuzcoano («tenía más cabeza») con la valentía del navarro («era valiente, como pocos»).

En otras ocasiones la comparación no se establecía entre personas sino entre grupos. A través del Conde de España, calificaba a los hombres del mediterráneo de falsos, frente a castellanos y vascos que eran más de fiar:

Hay muchos Borgias en todo este Mediterráneo. Por eso hay que pegar fuerte para que no le peguen a uno. Con castellanos y con vascos estaría yo más tranquilo. El Castellano es dogmático, se propone una cosa y no cambia a no ser que una fuerza mayor le obligue a ello; el vasco tarda en ser amigo, y en convencerse de algo, cuando ya está convencido sigue sin variar. Mina, Jaúregui, Zumalacárregui, Urbiztondo tenían amigos fieles y se fiaban con razón de ellos.⁷⁹

⁷⁶ P. Baroja, *La nave de los locos*, Madrid, Caro Raggio, 1980, p. 203.

⁷⁷ P. Baroja, *Las furias*, op. cit., p. 203.

⁷⁸ *Ibidem*, pp. 108-111.

⁷⁹ P. Baroja, *La senda dolorosa*, Madrid, Caro Raggio, 1981, p. 66.

b) Su relación con el Pretendiente.

La ingratitud de su rey que se mostraba celoso de sus éxitos es otro de los elementos con los que define la imagen de Zumalacárregui. Baroja escribe que casi todos los hombres fieles a una causa acababan en la miseria, en prisión o en el patíbulo, y ejemplificaba algunos casos que evidenciaban la espantosa ingratitud de los monarcas: «María Cristina, traicionando a los que la defendían, pactaba con Don Carlos, y este último veía con inquietud los éxitos de Zumalacárregui y escuchaba con tranquilidad la noticia de su muerte».⁸⁰

Esta afirmación de Baroja coincide plenamente con las informaciones publicadas en la prensa liberal con ocasión de la muerte del general carlista.⁸¹ En varios episodios vuelve a incidir en la relación que existía entre el Pretendiente carlista y su paladín, en la que este último siempre sale bien parado: «Don Carlos, como casi todos los Borbones, tiene la inclinación por la intriga, el favoritismo y la bajeza. Es verdad que ha odiado a Zumalacárregui, como odia a Maroto, a Cabrera y a todos los hombres fuertes, exaltados y valientes».⁸²

La contraposición de calificaciones marca la distancia entre el héroe (fuerte, exaltado y valiente) y el villano (intriga, favoritismo y bajeza).

Esta situación de carencia de agradecimiento resulta aún más sorprendente con la descripción que encontramos en *El amor, el dandismo y la intriga*, en la que a través de las palabras de Avinareta señala:

Quando Don Carlos entró en España por Urdax, en 1834, y dio principio el general Rodil a una persecución activa, andaba el Pretendiente a salto de mata, ocultándose entre los breñales para librarse de ser hecho prisionero por las tropas de la Reina. Al organizar Zumalacárregui sus fuerzas, Don Carlos pudo abandonar en parte su vida trashumante; entonces eligió pueblos grandes para su residencia...⁸³

c) Su círculo de amistades.

Baroja pone especial cuidado en encumbrarlo a través de sus relaciones. Señala su amistad con la familia Taboada, cuyo cabeza de familia había sido «abogado, corregidor de Guipúzcoa, en 1824, y después fiscal

⁸⁰ P. Baroja, *El amor, el dandismo y la intriga*, Madrid, Caro Raggio, 1979, p. 60. Un testimonio similar en la misma obra p. 254: «la muerte de Zumalacárregui, por quien Don Carlos no tenía el menor afecto...».

⁸¹ *La Abeja* 10.07.1835 (4/2), *El Eco del Comercio* 11.07.1835 (2/3). «Tenemos entendido que al saber Don Carlos y comparsa que lo rodea la muerte de Zumalacárregui; fue su primer movimiento entregarse a una estúpida alegría, como quienes salían de tutela, y se quitaban un peso de encima. Así acostumbra pagar el pretendiente a quien le sirve; no tardará en conocer cuánto ha perdido con perder a aquel hombre».

⁸² P. Baroja, *El amor...*, op. cit., p. 215.

⁸³ *Ibidem*, p. 253.

de la Audiencia de la Coruña»,⁸⁴ y cuya hija que había desempeñado misiones diplomáticas importantes en «Madrid, Turín y Nápoles». Pero le sitúa siempre en un estrato social no aristocrático, al afirmar:

El Carlismo era la demagogía negra, la continuación de las turbas patrióticas de la guerra de la Independencia y de las hordas absolutistas de 1823. No hubo ningún caudillo aristócrata querido entre las masas carlistas. Zumalacárregui, Cabrera, Maroto, Villarreal, Merino, Gómez, Balmaseda; todos eran de la burguesía o del pueblo.⁸⁵

A esta descripción contraponía el elevado número de títulos nobiliarios existentes en las filas liberales.

d) La medida de su celebridad.

Baroja da a entender que se trata de un personaje conocido, celebridad que queda reducida al conocimiento de su nombre y de sus hazañas. En *Las figuras de cera*, señala: «Por entonces, las siluetas y tipos de los generales españoles liberales y carlistas no se conocían con exactitud, al menos en Francia, y Pağanini, Fieschi y Robespierre, pelos más, pelos menos, podían pasar indiferentemente por Cabrera, Zurbano o Zumalacárregui».⁸⁶

La iconografía sobre las celebridades de ese período es escasa y posiblemente la reproducción más antigua conocida sea la de Isidoro Magués, cuya primera edición data de dos años más tarde de su muerte.⁸⁷ Los artículos de prensa no se detenían en su descripción, ni existían secciones en las que se publicaran retratos de los personajes mencionados en el texto. Hasta el volumen XV de la obra no encontramos una descripción física del héroe guipuzcoano: «Zumalacarrárregui era hombre triste, flaco, de aire enfermo y de mal color, también con patillas y vestido de negro».⁸⁸ Existen también referencias relacionadas con aspectos físicos parciales: «El español, que se llamaba Garbanzón, tenía una cara estilo Zumalacárregui: patillas negras, entrecejo sombrío, un tricornio de papel en la cabeza y una espada de madera».⁸⁹ O relacionados con la indumentaria. En *La senda dolorosa* describe a uno de

⁸⁴ P. Baroja, *El amor...*, op. cit., p. 306.

⁸⁵ P. Baroja, *Las mascaradas sangrientas*, Madrid, Caro Raggio, 1980, p. 149.

⁸⁶ P. Baroja, *Las figuras de cera*, Madrid, Caro Raggio, 1979, p. 140. En páginas posteriores (p. 165) indica que sus caras eran conocidas exclusivamente en círculos muy pequeños, localizados geográficamente (Pamplona...).

⁸⁷ Magués, Isidoro. *Don Carlos et ses défenseurs. Collection de vingt portraits originaux, avec une introduction et une notice biographique sur chacun des personnages indiqués par le dessin*, Paris, Toussaint editeur, 1837.

⁸⁸ P. Baroja, *La nave...*, op. cit., p. 109.

⁸⁹ *Ibidem*, p. 234.

los personajes señalando que utilizaba «una boina de canastilla estilo Zumalacárregui».⁹⁰

La construcción del mito en el nacionalismo

Sabino Arana no menciona su nombre en ninguna de sus publicaciones. Ángel Zabala Otxamiz-Tremoya, es el primer nacionalista que escribe una obra importante de contenido histórico, en la que el tratamiento de la figura de Zumalacárregui se realiza siempre en términos elogiosos: «inteligencia militar del valeroso Zumalakarregi» (109); «Tomás de Zumalakarregi, el primer y más valioso jefe carlista» (115). En ningún momento se refiere a él como jefe militar vasco, aunque hace mención a sus posibles deseos de declarar la independencia vasca. Esta afirmación se realiza en una ocasión como duda y en otra como cosa segura.⁹¹

Durante el período republicano, la prensa nacionalista concede bastante atención al tema carlista y en especial a la Primera Guerra.⁹² José María Tápiz señala que los editoriales del *Euzkadi* continúan hablando de dichos conflictos como «guerras defensivas o forales, de raíz vasca, de defensa de lo esencialmente vasco frente a los exótico o español», lo que supone la repetición de las mismas ideas de Sabino Arana. Junto a estas señala la definición de Zumalacárregui como héroe nacional vasco, al que se hace mención en numerosos artículos.

En Irujo la figura de Zumalacárregui no es objeto de elogios, y se mencionan, sin apoyar de forma clara su veracidad, los rumores sobre su pretendida idea independentista.

Durante los años posteriores a la guerra, la revista del Partido *Alderdi* publica numerosos artículos con referencias a la cuestión carlista, especialmente a la ley de 25 de octubre de 1839, sin embargo las menciones a la génesis de la guerra o a la figura de Zumalacárregui son escasas.⁹³ Los escritos de los primeros momentos son tributarios

⁹⁰ P. Baroja, *La senda dolorosa*, op. cit., p. 79.

⁹¹ Á. Zabala Otxamiz-Tremoya, «La primera guerra carlista...», pp. 115-116. «No se comprende cómo Tomás de Zumalakarregui, el primer y más valioso jefe carlista, no aprovechó, de ser verdad, ésta u otra semejante coyuntura para revelar a sus soldados el secreto propósito que se le ha atribuido de asegurar con aquella lucha la amagada independencia vasca, tomando a Carlos, al efecto, como medio y no como fin...». Mientras que en el artículo «Unión y Fueros...», p. 268. se dice: «hermano del inteligente caudillo que a Carlos María Isidro de Borbón tomara como medio y a la independencia euzkeriana como fin de la guerra...».

⁹² Sobre este período véase el interesante artículo de J. M^o. Tápiz Fernández, «El Carlismo y la Historia carlista en el diario nacionalista *Euzkadi* (1931-1936)», en *Aportes XI/29* (Diciembre 1995), p. 71-78.

⁹³ *Alderdi* 1947 n.º 4 p. 2-3, n.º 5 p. 22-26, n.º 7 p. 1-4; 1948 n.º 12 p. 17-23, n.º 16 p. 1-2, n.º 18 p. 15, n.º 19 p. 21-22, n.º 20 p. 10-11; 1950 n.º 43 p. 1-3; 1952 n.º 61 p. 8-9, n.º 67 p. 1-3; 1955 n.º 103 p. 1-3; 1957 n.º 127 p. 1-3; 1958 n.º 139 p. 1-2, n.º 140 p. 10-11; 1959 n.º 151 p. 1-2, n.º 152 p. 5; 1960 n.º 163 p. 17-18; 1962 n.º 186 p. 14-15; 1963 n.º 198 p. 4-5; 1964 n.º 208-209 p. 1-2; 1965 n.º 221-222 p. 6-7; 1966 n.º 230-231 p. 1-2; 1967 n.º 238-239 p. 3.

de la obra de Ángel Zabala Ozamiz-Tremoya, al que se cita profusamente.⁹⁴

Ya hemos señalado que las referencias a Zumalacárregui no son muy frecuentes. En 1947, en el apartado de efemérides se habla de la muerte de Zumalacárregui, al que se califica de «el gran general carlista», y cinco años más tarde, pasa a ser «General en Jefe del Ejército carlista vasco».⁹⁵ Dicho artículo resulta sorprendente, porque en el título se refiere a Maroto, del cual solo se habla en el primer párrafo. Todo el texto es una loa al general carlista, en la cual se trata la mayoría de los temas habituales del nacionalismo: tendencias independentistas, lucha entre España y Euskadi, etc. Para documentar las tesis se recurre a testimonios escritos coetáneos al conflicto.

La aportación más completa al tema es la contenida en los tomos III y IV de la *Historia de Euskal Herria*, cuya autoría corresponde a Julio Eyara.⁹⁶ Estamos ante el proyecto más importante de publicación de una historia nacionalista, por lo que su análisis resulta especialmente interesante.

Eyara habla de la existencia de dos guerras: una promovida por «elementos reaccionarios, tradicionalistas y conservadores» y una segunda «totalmente distinta, que es la promovida por el pueblo vasco» (III, p. 195).

La figura de Zumalacárregui está descrita con tintes épicos: «luminaria con capacidad para dirigir la guerra», «hombre necesario en el momento preciso»..., y no duda en convertirlo en héroe nacional vasco: «Amargado por la incompreensión de que los gobiernos centralistas hacen gala respecto del pueblo vasco y desengañado de las promesas falaces de libertad que la nueva ola liberal promete...» (III, p. 189); «Y si Zumalacárregui utilizó, inteligentemente, el Carlismo como instrumento al servicio de Euskal Herria... (IV, p. 49).

La formación histórica de los primeros miembros de ETA era bastante deficiente, o quizá sería más correcto decir que era nula; a pesar de que teóricamente debía tener un peso importante en la conformación de sus teorías políticas.⁹⁷ Se repiten tesis estrictamente nacionalistas, con un simplismo aun mayor. Las ideas básicas de la historia

⁹⁴ *Alderdi* 1947, julio n.º 5, p. 22-26. «31 Agosto 1839. El Convenio de Bergara». En este artículo existen numerosos entrecomillados que remiten a dicho autor, a quien al parecer se debe también la inspiración del resto.

⁹⁵ *Alderdi* 1947 n.º 3 (junio), p. 22. *Alderdi* 1952, n.º 61, p. 8-9 «La Marotada» por Manuel de Irujo.

⁹⁶ *Historia de Euskal Herria*, Donostia, Ediciones Vascas, 1980. La parte correspondiente a la Primera Guerra Carlista abarca: tomo III, p. 177-245, tomo IV p. 17-95.

⁹⁷ J. M^a. Garmendia, José Mari. *Historia de ETA*, San Sebastián, Haranburu, 1979, vol. I, p. 22-43. Garmendia realiza un interesante resumen de «La interpretación nacionalista de la historia de Euskadi», aunque discrepo de su valoración: «ETA realiza todo un estudio de la historia del pueblo vasco desde sus orígenes hasta la guerra del 36». Me parece excesivo calificar de «estudio» a los escritos sobre historia.

de Euskadi están contenidas en el n.º 32 de la publicación *Zutik*, de agosto de 1960⁹⁸:

- a) Se contraponen la Euskadi democrática con la España que ha vivido siempre bajo la dictadura.
- b) La democracia desaparece de Euskadi «en 1839, año en que perdimos la libertad».
- c) «El vasco detesta el cuartel y el militarismo. Zumalacárregui, Mina, Saseta, etc., son guerrilleros, no militarazos hispánicos».
- d) «Para nosotros España es el país vecino, que no nos comprende, y que nos ha aplastado tres veces por las armas».

Tales son las ideas básicas, que pueden tener relación con el enfrentamiento carlista, junto a las que se encuentran otros enunciados plagados de falsificaciones históricas.⁹⁹

Todavía no está articulado un pensamiento completo, pero empieza a perfilarse la idea de la guerra carlista como guerra nacional y la de Zumalacárregui como «el héroe nacional vasco»; y surgen los primeros atisbos de la idea de Euskadi como territorio colonial sometido a los Estados español y francés:

Con la victoria, las fuerzas españolas que luchaban contra Zumalacárregui, encadenaron a nuestra patria al Estado español, como pocos años antes, las botas francesas, gritando libertad para Francia (entiéndase París y regiones circundantes), pero la esclavitud para el resto de la humanidad, había pisoteado las libertades del pueblo euskaldun al norte del Bidasoa. Así resultó que, al ponerse al Pueblo vasco los grillos de la dominación extraña, se le privó del más precioso de los dones que la Humanidad posee: la libertad. Y los vascos fueron sometidos a la expoliación extranjera ejecutada bajo el nombre de España y Francia.¹⁰⁰

⁹⁸ *Documentos Y*, Donostia, Hordago, 1979, vol. 1, pp. 444-446.

⁹⁹ Así por ejemplo se dice: «Euzkadi se caracterizó en sus años de libertad por la tolerancia. En la antigua Navarra convivían en armonía plena cristianos, mahometanos y judíos. (...) España se ha caracterizado siempre por su extremismo y su intolerancia. Ya en el siglo XVI tuvo lugar la expulsión masiva de judíos y moriscos». La Ley XIII del Título Primero del Fuero de Vizcaya dice: «Que en Vizcaya, no se avecinden los que fueren de linaje de Judíos, é Moros, é como los que vinieren han de dar información de su linaje». La ley XIV del mismo título hace extensiva la prohibición a los cristianos nuevos.

¹⁰⁰ *Documentos Y*, vol. 3, pp. 255-256. Artículo titulado «Lege Zaharra y socialismo vasco» firmado por Garrikanaute, en *Zutik* 3/23 (agosto 1964). La adoración por Zumalacárregui perdura, pues como señala Antonio Elorza (S. Arana Goiri, *La patria de los vascos, Antología de escritos políticos* / Notas, selección y ordenación de textos de Antonio Elorza, Donostia-San Sebastián, Haranburu, 1995; «El Nacionalismo vasco: la invención de la tradición», en *Manuscrits*, 12 (Gener 1994), p. 186) «el propio general absolutista Zumalacárregui, protagonista aun en 1992 de un cartel de Aberri Eguna del nacionalismo radical» (p. 19).

Todas las referencias tienden a demostrar el carácter de guerra contra el invasor (se habla de ejército vasco para referirse a los combatientes carlistas), desconociendo los numerosos frentes que existen, incluso en el seno de cada uno de los bandos. Buen ejemplo de ello es la frase siguiente: «Las relaciones entre los jefes vascos de la rebelión (Zumalakarregui, Eraso, Valdespina, Villarreal, etc.) y los ojalateros españoles, es mala desde el principio de la guerra hasta el fin». Tal afirmación implica el desconocimiento de las tensiones entre los jefes militares carlistas y las autoridades locales también carlistas.

Las menciones de Zumalacárregui son siempre elogiosas.¹⁰¹ Y su figura se presenta desde tres ópticas:

- a) Jefe militar: En este aspecto se alaban su capacidad de creación de un ejército, por supuesto, vasco; y su habilidad táctica.
- b) Caudillo político: Sin llegar a la afirmación de que era el posible jefe de estado de los vascos, se señala que las Potencias Conservadoras mantenían representantes junto a él.
- c) Cabeza de los vascos frente a los castellanos.

Aun cuando las tensiones con los *ojalateros* se produjeron con posterioridad a su muerte, el *Cuaderno* coloca al militar guipuzcoano a la cabeza del grupo vasco, en el cual incluye a los personajes fusilados por Maroto. Y su muerte es fruto de la envidia y de la ineptitud de los castellanos, que le obligan a atacar Bilbao; y sobre ella se recoge la tesis del envenenamiento.

En un escrito posterior se menciona expresamente que la guerra carlista es una lucha de liberación nacional y se hace descansar en Zumalacárregui el papel de iniciador de este proceso: «Ella es la justa tradición que cantó Iparraguirre, ella es una prueba más de la lucha que empezó con Zumalacárregui, una prueba del espíritu democrático de las leyes y fueros euskaldunes».¹⁰²

Unos años más tarde, al producirse la muerte de uno de los activistas más célebres de ETA, Francisco Javier Echevarrieta, se habla del general carlista como de uno de los integrantes del olimpo nacionalista. El título de un *Zutik*, editado en Caracas en dicha fecha, es el siguiente: «Euskadi edo hil. Zumalakarregui-Arana-Txabi... miles»; y en el texto se menciona expresamente: «Tu muerte, como la de Sabin, como la de Zumalakarregui, como la de tantos patrio-

¹⁰¹ «el genio guerrero de Zumalakarregui...»; «cuando el pueblo vasco apoya a Zumalakarregui con entusiasmo...»; «El jefe de las fuerzas vascas comenzaba a sobresalir como gigante...». »Dos años más tarde, cuando moría, dejaba un ejército de 27.000 hombres y sobre todo un prestigio internacional que había obligado a las potencias europeas a enviarle sus representantes»; «el lobo de las Amézcoas». Algunos de los párrafos están plagiados de la publicación Un Navarro de la Ribera. *El asesino de los Fueros*, Buenos Aires, Ekin, 1957.

¹⁰² «Comentarios a Ikebele», *Zutik* 3/21, en *Documentos Y*, vol. 3, p. 236.

tas muertos por la libertad del Pueblo Vasco, significa el resurgir de Euskadi». ¹⁰³

La obra de Francisco Letamendía, prolífico escritor de historia del País Vasco contemporáneo, presenta unas características especiales. Su paso por Francia le ha dado un cierto barniz metodológico, como se puede observar en el título con el que inicia los apartados dedicados a la Primera Guerra Carlista: «La guerra carlista entre el campo y la ciudad». ¹⁰⁴ Es evidente la influencia de ciertas corrientes de antropólogos y sociólogos, que consideraban las guerras contrarrevolucionarias francesas en dicha clave. El libro presenta numerosos errores derivados de la celeridad con que ha sido escrito y de la escasa entidad de la bibliografía utilizada. ¹⁰⁵ Uno de los problemas que se le plantea es la resolución de la contradicción de la alianza entre los vascos demócratas y los absolutistas, para lo que defiende la tesis del hecho diferencial.

Las referencias a Zumalacárregui son sumamente elogiosas, identificándolo con la esencia de lo vasco y describiéndolo como una especie de superhombre: «Entre los carlistas cunde la indecisión. Pero un hombre crea la unidad de las fuerzas, levanta la moral de las tropas y sobre todo, idea y adopta con éxito una estrategia militar adaptada a la situación, estrategia que ha venido cautivando la imaginación de los vascos» (pp. 77-78). En diversos pasajes de la obra insiste en la excelencia de sus condiciones militares, y se repiten las conocidas tesis sobre las tensiones entre el general y los cortesanos, falseando al mismo tiempo las tensiones con la Diputación de Vizcaya, especialmente con el Marqués de Valdespina y Fernando Zavala.

Por sorprendente que resulte, Ortzi cifra su información e incluso una parte importante de la estructura de su trabajo en la obra del carlista Román Oyarzun.

¹⁰³ *Zutik* (Caracas), 94, p. 2, en *Documentos Y*, vol. 8, p. 492.

¹⁰⁴ F. Letamendía, Ortiz, *Historia de Euskadi: el nacionalismo vasco y ETA*, París, Ruedo Ibérico, 1978, p. 76. La misma tesis y los mismos errores se defienden en otras publicaciones del mismo autor, que repite los escritos cambiando el título: *Los Vascos. Síntesis de su historia*, Donostia, Hordago, 1978, p. 22, 99; *Euskadi, Pueblo y nación*, San Sebastián, Senda, 1990, vol. I.

¹⁰⁵ Las obras de Ortzi están plagadas de errores muy elementales fruto de la precipitación y escasa madurez de sus escritos. Una crítica a los mismos se puede ver en L. Mees, «Cien años de nacionalismo vasco», en *Ayer*, 22 (1996), pp. 91-101. Convierte en gemelas a las dos hijas de Fernando VII y las hace nacer el año 1829, a pesar de que sus padres se casaron el 11 de diciembre de dicho año (p. 76); nombra corregidor a Pedro Pascual de Uhaón (p. 76), aunque tres líneas más adelante lo destituye; dice que los «voluntarios realistas, creados en 1820 para derrotar a las milicias nacionales partidarias de Riego». Y todo ello en un mismo párrafo: Ortiz, *Euskadi, pueblo y nación*, vol. I, p. 90.

Commemorando centenarios

Con motivo del primer centenario de su muerte, se publicaron nuevas biografías, que añadían poco a lo que se conocía, y se reeditaron algunas de las obras clásicas. Tal fue el caso por ejemplo de la obra de Henningsen (1937), Zaratiegui (1946) o la de Francisco de Paula Madrazo (1941).

De esta época data la romántica biografía de Benjamín Jarnés, incluida en la serie de «Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX».¹⁰⁶ De valor más literario que histórico, lleno de pasajes inventados, y basada sobre todo en las aportaciones que hicieron un siglo antes diversas personas que combatieron en las filas carlistas.

La obra está llena de elogios, a Zumalacárregui, y nunca utiliza la denominación de rey para referirse a Carlos María Isidro:

- a) Zumalacárregui era un corcel impetuoso, rodeado de bueyes.
- b) Carlos, sin Zumalacárregui, hubiera efectivamente sido «un faccioso más», barrido por Quesada... (p. 276)

El jesuita Alberto Risco publicó una biografía utilizando la documentación con la que Zaratiegui había escrito su libro, en la que no aporta novedades y se mantiene en un tono elogioso, pero tratando de realizar un relato imparcial, aunque con el sesgo hagiográfico típico de las biografías de la época.¹⁰⁷

En las mismas fechas, José María González de Echávarri publicó un libro en el que se trataba tanto de Zumalacárregui como del general Vivanco. Su valor histórico es limitado, pero resulta interesante desde la visión de la creación del mito, en un momento político como el que se vivía. El texto es un relato hagiográfico a favor del tradicionalismo, en el que se dedica un capítulo a criticar la obra de Galdós, cuya influencia no duda en calificar de pernicioso; otro a Pirala que «escribió con las tendencias y parcialidad del partido liberal».¹⁰⁸

Los homenajes no llegaron exclusivamente desde el Carlismo. José María de Areilza, en las páginas de la revista *Acción Española*, publicó un panegírico del que definió como «la más exuberante manifestación de personalidad humana lograda probablemente en todo el XIX nacional».¹⁰⁹ Areilza defiende que pasado un siglo el caudillo carlista

¹⁰⁶ B. Jarnés, *Zumalacárregui. El caudillo romántico*, Madrid, Espasa-Calpe, 1932. Sobre esta obra véase el interesante análisis de Manuel Pulido Mendoza «El romanticismo escéptico: *Zumalacárregui* (1930), de Benjamín Jarnés», en *Letras de Deusto*, 39/122 (enero-marzo 2009), pp. 77-112.

¹⁰⁷ A. Risco, *Zumalacárregui en campaña, según los documentos conservados por su secretario* / Alberto Risco, Madrid, [s.n.], 1935 (Imp. de José Murillo).

¹⁰⁸ J. M^a. González de Echávarri y Vivanco, *Zumalacárregui. Estudios críticos a la luz de documentos inéditos*, Vivanco. Memorias de su vida militar, Valladolid, [s.n.], 1935 (Imprenta y Librería Casa Martín), 1935, p. 37.

¹⁰⁹ José María Areilza, «Cien años de la muerte de Zumalacárregui», en *Acción Española*, XIV/77 (julio 1935), p. 5.

había perdido sus perfiles partidarios para integrarse en el «acervo común de nuestra historia y de sus grandezas», y aprovecha para criticar precisamente la utilización realizada por los nacionalistas de su figura.

Zumalacárregui forma parte del panteón carlista, y fue debidamente ensalzado con ocasión de la guerra civil española. En aquellos momentos proliferó la literatura en favor del Carlismo, especialmente porque se había reivindicado su memoria al entrar las fuerzas carlistas en Bilbao.

En 1938 fue publicado el *Cancionero carlista*, en el que se ensalzaban los principales acontecimientos del Carlismo y de sus héroes, en cuyo santoral se encontraba lógicamente Zumalacárregui. Su figura se identifica y resume la primera Guerra Carlista. Los versos describen su papel militar, e identifican su muerte con la agonía del Carlismo.¹¹⁰

Un año más tarde Román Oyarzun publicó su historia del Carlismo, libro que tuvo varias ediciones. En la última de ellas aparece una dedicatoria larga y entusiasta a Zumalacárregui.¹¹¹ El libro es un encendido elogio del general guipuzcoano: «genial e invicto guerrero, portentoso estratega y táctico, que supo crear de la nada legiones invencibles del ejército carlista...». El mismo autor, que tradujo la obra de Henningssen, señalaba en su introducción su deseo de reivindicar su memoria.

Con motivo del bicentenario de su nacimiento se produjeron diversos actos de homenaje y se publicaron trabajos en periódicos y revistas hablando de la personalidad de Zumalacárregui.

Juan Pablo Fusi reconoce sus méritos militares al tiempo que afirma que «nada hubo de arbitrario ni de injusto en la leyenda que hacía de él un hombre duro, implacable y hasta cruel». ¹¹² El artículo, con una carga ideológica muy acorde con la época, incide de forma especial en la contraposición entre Carlos III, monarca que falleció dos semanas antes del nacimiento del general guipuzcoano, abanderado de la ilustración y Zumalacárregui que escribió «una página bella y triste» de la historia española. Fusi critica su crueldad y su mitificación, frente al olvido en que se encuentra su hermano Miguel Antonio.

Desde el campo del integrismo se organizaron celebraciones en recuerdo de su figura, la más importante de las cuales fue la realizada por la revista *Aportes*.¹¹³ Pero sus trabajos tienen escasa entidad.

Como último dato de esta distinta visión del personaje en función de la ideología política de las fuentes se puede consultar el blog de Txema Oleaga, candidato socialista a la Alcaldía de Bilbao, en el que plantea la cuestión en torno a la supresión del nombre de Baldomero Espartero

¹¹⁰ I. Romero Raizábal, *Cancionero carlista* / Dibujos de J. Colongues Cabrero y X. Potipán, San Sebastián, Editorial Española, 1938².

¹¹¹ R. Oyarzun *Historia del carlismo*, Madrid, Alianza, 1969.

¹¹² *ABC* 20.12.1988 (3), Juan Pablo Fusi Aizpurúa «Zumalacárregui».

¹¹³ *Aportes*, 11 (octubre 1989), 13 (marzo-junio 1990).

del callejero bilbaíno y el mantenimiento de Zumalacárregui.¹¹⁴ Las numerosas intervenciones son muy significativas, especialmente algunas en las que se vuelcan todos los topicazos nacionalistas sobre la guerra carlista: se habla de guerra foral, de apoyo masivo de los vascos a los carlistas, de intervención del ejército británico a través de la Legión, desconociendo que éstas eran tropas asalariadas reclutadas por el Gobierno Español con permiso del inglés, etc.

¹¹⁴ <http://txemaoleaga.com/wordpress/?p=325>. Consulta realizada el 12 de mayo de 2008.